

Madre Carmen Rendiles Martínez

María García de Fleury¹

Resumen: Este trabajo está dedicado a destacar la vida y el legado de Madre Carmen Rendiles, su entrega a Dios en la adoración eucarística, su amor por Jesús Hostia que la hizo fundar una congregación religiosa y dedicarse a los más necesitados, sobre todo a través de la educación. Ingresó en la Congregación de las Siervas de Jesús el 27 de febrero de 1927 y el 08 de septiembre de 1927 tomó los hábitos. El 8 de septiembre de 1929 emitió sus votos temporales y el 8 de septiembre de 1932 los perpetuos, tomando el nombre de María Carmen. Fundó colegios y casas en varias ciudades venezolanas y logró que las Siervas de Jesús de Venezuela se separara de la congregación original, francesa. El 25 de marzo de 1966, día de la Anunciación de la Virgen María, nació la nueva congregación de derecho diocesano con el nombre de Siervas de Jesús de Venezuela, con 77 hermanas. Practicó una teología vivida y encarnada, expresada en el servicio, en la entrega al prójimo, especialmente a los más necesitados y vulnerables.

Palabras clave: Madre Carmen Rendiles, Congregación de las Siervas de Jesús, Eucaristía, Jesús Hostia.

Abstract: This work is dedicated to highlighting the life and legacy of Mother Carmen Rendiles, her devotion to God in Eucharistic adoration, and her love for Jesus in the Eucharist, which led her to found a religious congregation and dedicate herself to the most needy, especially through education. She entered the Congregation of the Servants of Jesus on February 27, 1927, and received the habit on September 8, 1927. On September 8, 1929, she professed her temporary vows, and on September 8, 1932, her perpetual vows, taking the name María Carmen. She founded schools and houses in several Venezuelan cities and succeeded in separating the Servants of Jesus of Venezuela from the original French congregation. On March 25, 1966, the Feast of the Annunciation of the Virgin Mary, the new congregation of diocesan right was established under the name Servants of Jesus of Venezuela, with 77 sisters. She practiced a lived and embodied theology, expressed in service and dedication to others, especially the most needy and vulnerable.

Keywords: Mother Carmen Rendiles, Congregation of the Servants of Jesus, Eucharist, Jesus in the Eucharist.

1 Socióloga, licenciada en Pedagogía Religiosa e Historia. Profesora del Seminario Santa Rosa de Lima, adscrito a la Universidad Javeriana. Directora y conductora del programa semanal de televisión Abriendo Caminos. Presidente fundador del Apostolado Mundial de la Virgen de Coromoto.

Introducción

Escribo sobre una venezolana que se ha convertido en un testimonio vibrante que entrelaza la humanidad de una vida ordinaria con la gracia divina, lo que hizo que su vida se convirtiera en una extraordinaria manifestación del amor de Dios. Dejó un gran legado en medio de un contexto epocal desafiante. Sus convicciones, su pasión por Dios y su intelecto la impulsaron a superar limitaciones personales y sociales para lograr ideales, defender derechos humanos e inspirar a otras personas. Su visión abrió caminos que parecían insospechados y cuyo impacto sigue resonando en el mundo actual. Desde pequeña demostró una gran inteligencia y desafió las expectativas de su tiempo. Su trabajo y dedicación a la vida religiosa, su entrega a Dios en la adoración eucarística, su amor por Jesús Hostia que la hizo fundar una congregación religiosa y dedicarse a los más necesitados, sobre todo a través de la educación, desafiaron las expectativas de su tiempo. A pesar de su humildad y sencillez, su legado se mantiene vivo y su historia enseña el poder de la confianza en Dios, la perseverancia y valentía para transformar el mundo que la rodeaba. La mezcla de su parte humana, marcada por sus problemas físicos, su sensibilidad, determinación y entrega junto a su parte espiritual anclada en una profunda fe, una gran caridad y una inquebrantable esperanza hicieron de ella una persona especial. Vivió gran parte del siglo XX, desde el 11 de agosto de 1903, día de su nacimiento, hasta su fallecimiento en 1977. Su nombre es Carmen Elena Rendiles Martínez.

I. Infancia y juventud

Ramiro Rendiles se había casado con Ana Antonia Martínez Rendiles. Estando Ana Antonia embarazada de su tercer hijo, un día se acercó un mendigo a la puerta de su casa solicitando caridad, lo cual la impresionó mucho ya que el pobre hombre carecía de su brazo izquierdo.

Carmen Elena nació el martes 11 de agosto de 1903 en una familia muy católica. Al momento de nacer conmovió a toda la familia, pues nació sin su brazo izquierdo. En ese momento su madre, recordó al mendigo y pensó que había podido ser un presagio de Dios, para indicarle o anticiparle que su hija nacería con igual malformación física. Al poco tiempo se dieron cuenta que también tenía una limitación auditiva en el oído derecho. Estos dos problemas iniciales, hicieron que en la personalidad de Carmen Elena se forjara una notable capacidad de concentración, gran percepción de su entorno y al mismo tiempo una simpatía y una capacidad de hacer travesuras que hacía que todos a su alrededor la notaran.

Era curiosa, quería saber acerca de muchas cosas, y esto, unido a su inteligencia muy viva, la hizo destacarse en muchos aspectos. Se hizo amiga del carpintero que vivía a una cuadra de su casa y le pedía que la enseñara a trabajar con la madera. Fue así como aprendió a trabajar la madera y, de adulta, a elaborar mesas, y hasta un escaparate en su tiempo como religiosa. Este mobiliario aún se conserva y se puede ver en la Casa Madre de las Siervas de Jesús.

Con un solo brazo le gustaba montarse en los árboles. En la época de naranjas se montaba y bajaba todas las frutas del árbol. En épocas de mango se trepaba a los árboles y allí mismo se los comía y los otros los bajaba. En más de una ocasión su mamá la buscaba preocupada y la encontraba en el tope del árbol comiéndose un mango.

Más grande, cuando aprendió a leer, su misma inquietud intelectual la llevó a ser una gran lectora. Leía ávidamente libros de personajes de santos y textos espirituales. Con esas y otras lecturas adquirió una vasta cultura general que sobrepasaba la mera formación académica escolar. Su personalidad fuerte y, al mismo tiempo, dulce y afable, era capaz de inspirar confianza y afecto entre los que la rodeaban. Desde sus primeros encuentros con niños de su edad sufrió las miradas extrañas y la discriminación. Muchos la llamaban “la niña que le falta el brazo”

y había quienes no querían jugar con ella. Estas situaciones, junto con tener que convivir con ocho hermanos, la llevó a desarrollar la paciencia, la capacidad de compartir y el servicio.

En su hogar, se le inculcó el sentido del deber y el amor por el prójimo. Su familia la apoyaba en la superación tanto de su incapacidad auditiva como en la falta del brazo. Por eso, su papá se empeñó en que le colocaran una prótesis de madera en el brazo, de manera que pudiera tener una apariencia con la que se sintiera más cómoda y no ser juzgada por su discapacidad. Esto resultó bastante complicado, porque tenía que sujetársela con correas de cuero amarradas al cuerpo. Además, la prótesis era de goma con acero y cabilla y pesaba unos dos kilos. Por eso, siempre trataba de usar manga larga y un guante en la mano izquierda para que no se le viera la mano con prótesis. Claro está, cuando sus hermanos la fastidiaban en la casa ella se agarraba la prótesis y amenazaba con pegarles. Esto hizo que la respetaran siempre.

En muchas ocasiones se sintió juzgada y rechazada. Por eso, por ejemplo, cuando estaba en cuarto grado en el colegio San José de Tarbes, le pidió a su maestra que no la pasara a escribir en la pizarra, para no llamar aún más la atención. Dado que las hermanas del Colegio San José de Tarbes eran francesas, aprendió el francés y le enseñaron a bordar y a coser, labor que logró realizar muy bien con una sola mano y luego, como religiosa, usó el bordado y la costura en muchas ocasiones para elaborar los pañitos del altar. Tan bien bordaba, que cuando su hermana se fue a casar, Carmen le bordó las perlas del traje de novia.

Tenía un buen sentido del humor, era simpática, disciplinada y tenaz. Por eso perseveraba en sus propósitos a pesar de las dificultades. Desde pequeña mostró independencia y espíritu de liderazgo entre sus hermanos. Aprendió a valerse por sí misma, adaptándose y encontrando maneras creativas de realizar las actividades con una sola mano. Le gustaba jugar cartas, juegos de mesa, crockett. Tenía una gran capacidad de concentración y cálculo, lo que le permitía adelantarse en las posibles

jugadas de los demás en los juegos de carta y en el cálculo al darle a la pelota en el crockett. En ocasiones, cuando iban a jugar, los hermanos y amigos decían: “que no juegue Carmen porque ella siempre gana”.

A los dieciocho años se inscribió en una escuela de artes y oficios cerca de su casa, donde aprendió incluso a dibujar rostros con carboncillo. Uno de sus maestros en esa escuela fue el ilustre pintor de El Ávila, Manuel Cabré. Se salió de esta escuela buscando perseguir su vocación religiosa. Años más tarde, estando en el convento, hizo una pintura del Sagrado Corazón de Jesús que aún se conserva.

En ese tiempo falleció su hermano Efraín, el que venía después de ella y con quien tenía una gran amistad. Efraín apenas tenía dieciséis años y no logró sobreponerse al tifus. Esto afectó tanto a Carmen que desarrolló una debilidad pulmonar, y tuvieron que irse como familia a vivir en un lugar más alejado de la ciudad con un clima más frío. Se fueron hacia Los Teques, a poco tiempo de Caracas. La familia pudo permanecer allí los dos meses de vacaciones escolares, pero tuvo que regresar y Carmen se quedó con una tía viviendo allí por cerca de dos años. Frente a la casa que habían alquilado había un parque con una cancha de tenis. Carmen aprendió a jugar tenis y se convirtió en la campeona de tenis del lugar.

Durante ese tiempo poco a poco fue profundizando en la oración, tuvo momentos de mucha reflexión y fue desarrollando deseos profundos de dedicar su vida a Dios. Su vocación religiosa se iba manifestando paso a paso con mayor claridad. Se relacionó con el párroco y las personas que trabajaban en la parroquia y comenzó a dar clases de catequesis a niños para prepararlos para la primera comunión.

Al año de haber regresado a su casa, sufrió otro golpe duro, su papá falleció, y como no les dejó bienes en herencia, sino la amplia casa donde vivían se vieron en serios aprietos económicos. Carmen se vió en la necesidad de acompañar y ayudar a su mamá en los cuidados de sus hermanos y en el manejo de la casa. Fue un tiempo difícil, pues vieron sus ingresos disminuir grandemente y adaptarse a todo lo que

eso implicaba no fue sencillo. La oración diaria del *rosario en familia* se hizo un momento del día en que todos compartían y se llenaban de fe y consuelo. Así como también lo fue el ir a misa juntos todos los domingos.

2. Lo que la rodeaba

La juventud y la niñez de Madre Carmen transcurrieron en una Venezuela que transitaba desde un siglo de guerras civiles hacia una dictadura prolongada. El año en que nació, 1903, fue muy prolífico para la historia universal: Cuba entregó la bahía de Guantánamo a perpetuidad a los Estados Unidos (23/02/1903); en Detroit, Estados Unidos, Henry Ford fundaba la fábrica de automóviles *Ford Motor Company* (16/06); en Roma murió a los 93 años el papa León XIII (20/07); Panamá se separó de Colombia (03/11); en Estados Unidos (Carolina del Norte) Orville Wright realizó el primer vuelo controlado y autopropulsado de un avión que construyó con su hermano Wilbur Wright.

Mientras tanto, Venezuela era una sociedad predominantemente rural, con una economía basada en la agricultura de exportación, sobre todo de café y cacao. Las condiciones de vida en el campo eran difíciles, con escaso acceso a servicios básicos y graves carencias sociales, pero que comenzaba a sentir los primeros impulsos de la modernización económica impulsada por el descubrimiento del petróleo. La necesidad de asistencia social era muy grande. Junto a esto, la educación era limitada y el analfabetismo muy alto entre la población en general, sobre todo en el campo. Las carencias en salud y educación, especialmente para niños con discapacidades como la suya, eran evidentes. Las enfermedades endémicas como la malaria, fiebre amarilla y tuberculosis eran comunes y la infraestructura sanitaria era muy precaria.

Sin embargo, en la Caracas donde vivía Carmen con su familia se conservaban muchas características de una ciudad colonial que empezaba a experimentar un proceso lento de modernización y crecimiento debido a la centralización del poder y, luego, con el

impacto del petróleo. Las familias de cierto estatus social como la de los Rendiles Martínez tenían acceso a una vida más cómoda y a mejores oportunidades educativas y culturales que la mayoría de la población. Además, la fe y la práctica religiosa eran pilares fundamentales en la vida de muchas familias, especialmente en aquellas con tradiciones fuertes como la suya.

En materia política, cuando Madre Carmen nació gobernaba a Venezuela el general Cipriano Castro (1899-1908), llamado el *Restaurador*, quien estuvo muchos años en el poder y puso fin a una de las últimas grandes guerras civiles venezolanas, la Revolución Libertadora (1901-1903), que él mismo tuvo que enfrentar junto con la severa crisis internacional, el Bloqueo Naval de 1902-1903 por potencias externas que venían a cobrar las deudas que tenía el país con ellos. Cipriano Castro, con su autoritarismo, sentó las bases para una mayor centralización del poder.

El vicepresidente del país era el general Juan Vicente Gómez, que en 1908 decidió dar un golpe de Estado para asumir el poder hasta su muerte en 1935. Ese fue el período más largo de una dictadura en la historia de Venezuela. El general Gómez acabó con el caudillismo regional con mano muy estricta, estableciendo un control férreo sobre todo el territorio nacional a través de la represión, la persecución política y la ausencia de libertades civiles. De forma autoritaria, modernizó el país, construyendo infraestructura como carreteras, entre ellas, la famosa carretera trasandina, modernizó el ejército y sentó las bases del Estado moderno. Durante su largo mandato Venezuela experimentó una transformación radical con el descubrimiento, a principios de siglo, de los primeros yacimientos petroleros. La explotación a gran escala comenzó en 1910 y se consolidó en la década de 1920. Este auge petrolero generó enormes ingresos para el Estado y atrajo la inversión extranjera, sobre todo de Estados Unidos y Europa.

Este ambiente político-económico influyó en la sensibilidad de Carmen Elena Rendiles con los más necesitados y en la elección de su misión en la vida en una sociedad donde la mayoría de las personas vivía

en condiciones de pobreza y carecía de oportunidades para resolver sus necesidades básicas, pues el Estado de entonces no podía o no quería atenderlas.

3. Madre Carmen, la mujer de fe

Destacaremos una cualidad que define la esencia de la Madre Carmen: su fe inquebrantable. Fue la fe en Dios la que la sostuvo en las tormentas, en los momentos de dificultad y el motor que la impulsó en todos los actos de su vida. Madre Carmen le recordó al mundo que se inclinaba hacia el agnosticismo, hacia el nihilismo, hacia la indiferencia de las cosas de Dios, que, cuando uno desarrolla y cultiva una fe profunda, esta da sentido a la propia existencia y permite vivir con felicidad. Este recordatorio está aun vigente en el mundo actual. La fe de Madre Carmen no era una fe ciega, sino una fe inteligente, forjada, en parte, por el aprendizaje que tuvo en su casa desde pequeña, así como en el dolor del fallecimiento de su hermano y su papá. Era una fe arraigada en la oración constante, en la meditación de la palabra de Dios y en una relación personal e íntima con Jesús Sacramentado. Esta fe le permitió ver la mano de Dios en cada evento, incluso en las adversidades más grandes y confiar plenamente en Su Providencia. Resaltar la fe de Madre Carmen es invitar a reflexionar sobre el propósito de la vida, buscando una dimensión trascendente y confiando en algo más grande que nosotros mismos. Su fe estaba intrínsecamente ligada a su experiencia de Dios y a la manera en que esta experiencia moldeó su visión del mundo y el modo en que trabajó.

Su fe no era una mera adhesión intelectual a un conjunto de dogmas, sino una relación viva y profunda con la Santísima Trinidad. Desde muy jovencita manifestó un deseo ardiente de consagrarse a Dios. Visitó distintas congregaciones religiosas hasta que encontró una congregación de religiosas francesas llamada *Congregación de Siervas de Jesús en el Santísimo Sacramento*, que acababa de llegar a Caracas y la acogió con mucho cariño. Había sido fundada por la hermana Onésima Guibret y dos amigas en 1857 con la misión principal de rendir culto

al Santísimo Sacramento y colaborar con las obras de apostolado a los sacerdotes. Como Carmen hablaba francés, aprendido en el colegio San José de Tarbes, todo se le facilitó con las hermanas de esa congregación.

Su profunda fe cristiana fue el pilar fundamental de su superación, la fuente de su fuerza y su propósito. No solo le dio sentido a su vida, sino que le proporcionó la fuerza interior, la paciencia y la esperanza necesarias para enfrentar cualquier desafío. Su confianza en la Providencia Divina le permitió ver su condición como una parte de su camino que debía ser abrazada con amor y propósito. Su vida de fe recuerda a todos la importancia de encontrar un propósito más grande que uno mismo y vivir con una profunda convicción espiritual, pues así hasta las circunstancias más retadoras tienen sentido.

4. En la Congregación de las Siervas de Jesús

Con 24 años, el 27 de febrero de 1927 ingresó en la pequeña comunidad de las Siervas de Jesús francesas instalada en Caracas. El 8 de septiembre de 1927 tomó los hábitos de la congregación. El 8 de septiembre de 1929 emitió sus votos temporales y el 8 de septiembre de 1932 los perpetuos, tomando el nombre de María Carmen. En los inicios de la congregación las hermanas se vestían de negro totalmente, de aquí que en Caracas acostumbraban a llamarlas Las Viuditas.

Para completar su formación religiosa fue enviada a Toulouse, en el sur de Francia, concretamente, a Le Berceau, donde entró en contacto con la sede principal de las hermanas. Allí vivió cinco años. Como María Carmen era la menor de las hermanas del convento, recibía la enseñanza de las hermanas mayores en materia de formación religiosa. Los patios, la capilla, la catequesis, las tareas diversas que realizaban en todo momento era oportunidad para educarla en el camino de santidad y hacer crecer su formación religiosa, incluso con charlas formales.

A su regreso a Caracas, se le encargó la catequesis, el lavado y planchado de la ropa para los seminaristas, el cuidado y la limpieza de la residencia, pero, sobre todo, la adoración al Santísimo Sacramento.

Deseaba conseguir vocaciones religiosas, jóvenes dispuestas a consagrar sus vidas a Jesús en la Eucaristía. Decidió abrir un costurero para enseñar corte y costura. Empezaron a acudir jóvenes señoritas y señoras no tan jóvenes. En esos encuentros, mientras cosían, se leía el Evangelio, se hacía alguna lectura espiritual y luego conversaban sobre lo leído. También creó una asociación llamada las afiliadas para la adoración al Santísimo, para dar catequesis y realizar otras actividades apostólicas. Podían asistir las que quisieran sin distingo de edad ni estado civil. Con el tiempo, de ese costurero de ropa sagrada surgieron varias vocaciones religiosas que ingresaron a la Congregación de las Siervas de Jesús. Dos años después en 1936, con 33 años, fue designada maestra de novicias, aunque había muy pocas postulantes. Poco a poco fueron aumentando las jóvenes que deseaban ingresar, especialmente las que asistían con frecuencia a la adoración en las horas santas, así como a las clases y actividades del costurero.

Como su estado de salud era delicado, con frecuencia tenía fiebre y el problema pulmonar se acentuaba, pero ella se negaba a disminuir el ritmo de trabajo. Llegó un momento en el cual tuvo que someterse a una operación de toraxotomía, para separarle algunas costillas y permitir que la caja torácica pudiera abrirse como mayor soltura, aumentando de esta guisa la capacidad de tomar aire y oxígeno en el pulmón.

En el año 1942 la anestesia era muy diferente a la que existe en la actualidad. Se le aplicó solo anestesia local, la cual no le hizo mayor efecto y sintió tanto la incisión que le hicieron en carne viva como cuando le estaban serruchando las costillas. Sin embargo, María Carmen no se quejaba. Solo sudaba copiosamente, y aunque el médico le decía que se quejara, ella solo asomaba una leve sonrisa. Al finalizar la operación el médico le dijo: “Hermana, si hay cielo, usted se lo ha ganado”. Pasó un tiempo sin poder moverse, sin jamás quejarse. Fue una aceptación heroica del sufrimiento el cual como había escrito durante su noviciado: “quiero unirme a Jesús por medio del sufrimiento, sonreír a todos y a todas en todo momento.” Después de la operación,

María Carmen mejoró notablemente, pero nunca recuperó totalmente sus facultades pulmonares. Con frecuencia sufría de resfriados, gripes, dolores costales, tos.

Tenía una libreta donde escribía tanto sus meditaciones diarias como las que hacía en los retiros. En ellas se puede ver cómo la práctica diaria de hacer las cosas por amor a Dios, y las exigencias por desprenderse de sí misma, la llevaron a la cumbre de la santidad. En un momento determinado escribió acerca de su discapacidad como una “gracia de Dios”, diciendo que la ayudó a no apegarse a la cosas materiales ni mundanas.

En 1951 le dieron el cargo de Superiora Provincial, escalafón máximo de las casas de la congregación en Venezuela y Colombia. A los cuarenta y cuatro años fue elegida superiora de la casa madre en Venezuela. Durante ese tiempo se dedicó con gran ahínco a la elaboración de las hostias y de ornamentos litúrgicos, teniendo siempre el altar lo más bellamente decorado. Al mismo tiempo, Madre Carmen impulsó la fundación de varios colegios por el país, a pesar de que las las comunicaciones con la casa matriz se habían interrumpido bruscamente debido a la invasión de Alemania a Francia durante la Segunda Guerra Mundial.

En las fundaciones, Madre Carmen, aun siendo la superiora, cocinaba y hacía la limpieza, mientras las hermanas dedicaban sus horas de trabajo al apostolado. Porque repetía: el cargo no es un honor, es un servicio. Les enseñaba a vivir en la pobreza. Se ocupaba de enseñar a cocinar a las postulantes a presentar los platos de comida con algún toque de belleza, algo sencillo, pero bien exhibido. Los pedacitos de jabón que iban a ser desechados los acumulaba para hervirlos y hacer agua jabonosa para limpiar el piso. Los vestidos y la ropa debían ser remendados hasta que dieran lo último de sí. Insistía en que la pobreza no era andar desordenada, ni como mendigos. Siempre había que andar limpia y decente. Si había alguna comida que no les gustaba, les decía que lo ofrecieran al Señor con espíritu de mortificación y se lo comieran.

Cuentan que durante el noviciado le dieron a María Carmen varias veces mondongo para comer y ella sufría enormemente para tragar ese aquello sin protestar, al punto de que una vez el rechazo era tanto que le dio fiebre. Su empeño en desprenderse de lo que le agradaba o desagradaba era tal que era imposible averiguar lo que le gustaba más o lo que le disgustaba.

5. Fundaciones de educación

Uno de los grandes legados de Madre Carmen fue la educación, pues consideraba que esta era una herramienta esencial para cambiar vidas. Para ella, la educación era un apostolado fundamental para preparar a niños y jóvenes con los valores cristianos como el amor a Dios, el respeto, el entusiasmo y la alegría. Insistía en enseñarles catequesis, pues veía que era su misión preparar sagrarios vivientes para Jesús. Esta es la razón por la cual insistía en que la catequesis era uno de los apostolados más importantes para una Sierva de Jesús. Así como la razón de su empeño en fundar colegios sobre todo para atender a los más vulnerables. Decía que en los colegios se enseña a vivir la fe y hacerla presente en la Iglesia.

Sus escuelas no solo buscaban impartir conocimientos, sino, esencialmente, formar en valores éticos y cristianos. Se enfatizaba la importancia del respeto, la responsabilidad, la solidaridad, la caridad, la honestidad y la fe. El objetivo era formar “buenos cristianos y honestos ciudadanos” que pudieran contribuir positivamente a la sociedad. La educación debía ser un derecho accesible para todos, no un privilegio. Esto implicó a menudo un gran esfuerzo para la sostenibilidad de las instituciones, confiando en la Divina Providencia y en la colaboración de benefactores.

Entre las fundaciones que realizó se puede mencionar que fundó una casa en la ciudad de San Cristóbal, estado Táchira, Venezuela, la cual funcionó como colegio; igualmente, las hermanas empezaron trabajar en el seminario diocesano de la ciudad de San Cristóbal. Luego, Madre Carmen se trasladó a Cúcuta, Colombia, a trabajar también por

la educación de los niños. En 1954 fundó el Colegio Betania, ubicado en Valencia, estado Carabobo. En Caracas las Siervas de Jesús se dedicaron a la atención del palacio arzobispal, la catedral de Caracas. Madre Carmen fundó el Colegio Belén de Caracas (donde reposan sus restos). Ese terreno fue donado por su cuñado, el señor Diego Cisneros, quien era esposo de Albertina Rendiles Martínez, hermana de sangre de madre Carmen Rendiles Martínez.

En la Punta, estado Mérida, fundó el Colegio Nuestra Señora del Rosario. En el año 1959 la Madre Carmen obtuvo el consentimiento de su mamá para convertir su inmensa casa paterna, ubicada en la urbanización El Paraíso, en Caracas, en un colegio para la enseñanza de niñas de escasos recursos económicos. Luego funcionó allí un colegio para preparar a maestras normalistas, maestras de primaria. Fundó escuelas para discapacitados, y en eso la Madre Carmen fue una precursora de la verdadera inclusión. Para ella, invertir en la educación y el desarrollo de personas con discapacidad, como la discapacidad auditiva, no era un acto de beneficencia, sino el reconocimiento de su pleno potencial y su derecho a participar activamente en la sociedad. Su obra demuestra que, con las herramientas adecuadas y un ambiente propicio, las personas con discapacidad pueden alcanzar logros extraordinarios. Madre Carmen estaba segura de que al educar a los niños y jóvenes se les proporcionaban las herramientas para construir un futuro mejor, no solo para ellos mismos, sino para sus familias y para la sociedad en general. La educación la concebía como un motor de cambio social, además de ser un acto de amor, un camino para la santidad personal y una herramienta fundamental para construir un mundo más justo e inclusivo, donde cada persona, sin importar sus limitaciones, pudiera florecer y alcanzar su pleno potencial.

6. Cambios en la congregación

Después del Concilio Vaticano II, desde la casa matriz de la congregación en Francia, se comenzaron a realizar reformas que afectaban el carisma fundacional. La congregación iba tomando rumbo hacia una especie de instituto secular, dejando atrás el hábito

y las constituciones primitivas. En 1961, unilateralmente fueron aprobadas las nuevas constituciones de la congregación en Francia con importantes cambios, lo cual nunca se le notificó a Madre Carmen. Frente a eso, Madre Carmen tomó la decisión valiente de decir que eso chocaba de frente con la vivencia que ella tenía de la vida religiosa y no podía continuar en ella. Así que buscó que la congregación, tanto en Venezuela como en Colombia, se separaran de la congregación en Francia.

Apoyada por el episcopado venezolano, sobre todo, por el cardenal José Humberto Quintero, el cardenal Antoniutti, el nuncio, monseñor Cento, y los obispos venezolanos que tenían contacto con la congregación, después de muchos trámites, logró el reconocimiento de la Congregación para los Religiosos y del papa Pablo VI para separar la congregación venezolana de la francesa.

7. Las Siervas de Jesús de Venezuela

El 25 de marzo de 1966, día de la Anunciación de la Virgen María, nació la nueva congregación de derecho diocesano con el nombre de *Siervas de Jesús de Venezuela*, con 77 hermanas. De ellas, 39 tenían votos temporales, 38 votos perpetuos, había una hermana auxiliar con votos perpetuos, once novicias y siete postulantes. Monseñor Jacinto Soto llevó a cabo la bendición de los nuevos hábitos blanco con gris y velo blanco.

En 39 años de las Siervas de Jesús en Venezuela había crecido la congregación numéricamente gracias a la labor de Jesús Hostia, bajo la dirección de Madre Carmen, cuya preocupación por las vocaciones religiosas era muy grande y delicada. Al separarse de Francia, convocaron al primer capítulo general de la Siervas de Jesús. En él se colocaron las bases de la nueva congregación y monseñor Soto, por mandato de su Eminencia, el cardenal Quintero, nombró a Madre Carmen *Superiora General provisional*, pues debía ser ratificada por los demás miembros de la congregación. Finalizando el capítulo, monseñor Soto animó a que

se hiciera un reconocimiento al Sagrado Corazón de Jesús, que quedara manifestado en un capítulo perenne de toda la congregación expresado por el rezo de la jaculatoria *Sagrado Corazón de Jesús en vos confío*.

Las constituciones que se redactaron, las reglas, las normas, la disciplina que debía existir las consideraban como medios para llegar al cumplimiento de la voluntad de Dios. Su lema, *denme almas y llevense lo demás*, lo continuaban poniendo en práctica las hermanas en la congregación. La congregación se extendió a otras diócesis, tanto de Venezuela como de Colombia. Madre Carmen continuó trabajando incansablemente en el crecimiento de la congregación y procuraba ir personalmente a cada casa en los distintos puntos geográficos, supervisando de primera mano el crecimiento físico y espiritual de cada estancia en particular.

Fundó varios colegios y casas. Uno de los más nombrados fue el colegio Santa Ana de Caracas. En mayo de 1970 abrió oficialmente la casa del Tabor en un terreno aislado, rodeado de naturaleza muy apta para casa de retiros, que también sirvió como casa del noviciado. Ese terreno y casa los compró a un precio módico, pues quienes vivían allí debían irse del lugar. Frente a la apertura de diversas casas, la alegría de Madre Carmen era inmensa porque decía que se abría un nuevo Sagrario. Decía a las hermanas que no podían olvidarse de que la adoración y oración por los sacerdotes son esenciales en la vida de una Sierva de Jesús. Las hermanas Siervas de Jesús también desarrollaron una labor de asistencia parroquial, catequesis, dirección de colegios, enseñanza y cuidado de los más necesitados.

Los obispos que conocieron la congregación querían que fundara en sus diócesis, lo que hizo que fueran creciendo las comunidades de Siervas de Jesús. Por ejemplo, en abril de 1971, monseñor Francisco de Guruceaga, recién nombrado obispo de la diócesis de Margarita, pidió a las Siervas de Jesús que se encargaran de la residencia episcopal, se ocuparan del cuidado y ornamentación de la Catedral de la Asunción y realizaran tareas de evangelización y catequesis en los caseríos.

8. Dentro del convento

Trataba de que en sus conventos la vida fuera sencilla y que entre las hermanas se viviera la humildad, enfatizando que *la humildad no es debilidad, sino una fortaleza que requiere valentía para negarse a uno mismo y dejar que Dios obre*. Una de las preocupaciones principales de Madre Carmen era la espiritualidad de las hermanas. Dedicaba tiempo para formarlas espiritualmente. Procuraba que cada casa tuviera un confesor y un director espiritual, pues la vida religiosa debía cuidarse con la dirección espiritual, la confesión, la caridad, la participación en la oración y en la sagrada Comunión. Ponía énfasis en la selección cuidadosa de predicadores para los retiros y los ejercicios espirituales. Cuando había retos, adversidades, preocupaciones, Madre Carmen de inmediato encargaba a las hermanas que hicieran una cadena de oración, repitiendo con mucha fe *Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío*.

Les enseñaba y daba ejemplo de amar a la Virgen María, recordándoles que la primera adoración eucarística se llevó a cabo en Belén, cuando Ella miraba, admiraba y guardaba muchas cosas en su corazón frente al Niño Jesús. Madre Carmen buscaba hacerle comprender a las hermanas que, en la Eucaristía, Jesucristo está presente para nosotros en el tiempo, del mismo modo que lo estuvo para la Virgen María y san José en el momento de su nacimiento, cuando estaba en el pesebre. El mismo Cristo había sido amado y venerado por su madre Virgen y su esposo, con mirada amorosa y extasiada. Esa es la mirada que debemos cultivar siempre que podemos contemplar a Cristo, presente en la sagrada Eucaristía bajo las especies de pan y vino, así como cuando lo adoramos en el Santísimo Sacramento. Madre Carmen trataba de enseñar a sus hijas espirituales que la mirada extasiada de María, al contemplar el rostro del recién nacido Jesús y acunarlo en sus brazos, era el modelo de amor sin parangón que debía inspirarlas cada vez que recibieran la sagrada Comunión. Es la mirada que debemos cultivar siempre que podemos contemplar a Cristo, presente en la Sagrada Eucaristía.

Insistía en la práctica de la virtudes teologales y cardinales, así como en la oración, de la que decía “es tan necesaria para los religiosos, como la respiración para los pulmones”. La oración ayuda a aspirar a la santidad personal. Animaba a las Hermanas a “esperar siempre en el Señor y no en las criaturas”. Madre Carmen fue un ejemplo viviente de que el amor no es algo abstracto ni un sentimiento. Para ella el amor se conoce en el encuentro con rostros concretos, en acciones reales que exigen desprendimiento, ocupándose de las personas en necesidad. En especial, los pobres, las religiosas, los seminaristas y los sacerdotes en quienes materializaba su amor. Para Madre Carmen los sacerdotes representan al mismo Cristo y las hermanas son el Cuerpo de Cristo.

Con frecuencia mandaba circulares a las hermanas, de manera de seguir las formando e inculcarles el verdadero espíritu de una Sierva de Jesús. En una circular en especial expone una serie de enseñanzas que había aprendido en Toulouse, Francia, de la mano de la madre Guibret, fundadora de las Siervas de Jesús, cuyas enseñanzas siempre mantuvo. Nunca se desligó de ellas. Dice así:

¿Qué es lo que debe ser una Sierva de Jesús? La Sierva de Jesús debe ser lo que vuestra madre fundadora quiso que fuera. Vayamos a los orígenes de nuestra fundación y oigamos las palabras que el Señor le dirigió a nuestra Madre fundadora: “Escribe un acto de consagración de Todo el ser al culto del Santísimo Sacramento”. Consagración de todo el ser. Un alma entregada, olvidada de sí misma para procurar la gloria, el triunfo de Jesús Eucaristía, es decir, para la conquista de muchas almas. Una Sierva de Jesús debe ser un ángel en la tierra, ocupada solamente en los intereses de la Santa Eucaristía, no viviendo sino para Dios.

Una Sierva de Jesús debe vivir un espíritu de fe, viendo a Dios en sus superiores para cumplir sus órdenes y en sus hermanos para amarlos y servirlos con caridad. La Sierva de Jesús debe diferenciarse por su espíritu de humildad, considerándose como la sierva de todos, principalmente en los ministros del Señor. No debe nunca dejar esperar a nadie como tampoco exigir preeminencias, ni querer ser atendidas antes que los demás,

sino esperar su turno, considerando el tiempo que tengan que esperar como una ocasión de unirse a Dios y de amarlo más. Así edificaremos a nuestros semejantes y los llevaremos a estimar más a las almas consagradas que de lo contrario les provocaría impaciencia. Una Sierva de Jesús no debe negarse a lo que con beneplácito de los superiores pueda complacer, aunque sea con un pequeño sacrificio de su parte por el bien de las almas. Considerarnos siempre como siervas y no como dueñas de casa, recordando que no nos hemos hecho religiosas para ser servidas, sino para servir.

Nuestro reino no es de este mundo, sino del otro. Aquí estamos para conquistarnos el Rey de Reyes y por lo tanto para estar a sus órdenes y que la manera de conquistar a ese Rey es la humildad. “Si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”. “El que quiere ser el primero, que sea el último, porque los últimos serán los primeros en su Reino, en su corazón, en su amor.” (Circular de Madre Carmen, octubre 1970)

Así como esta, elaboraba sistemáticamente circulares, insistiendo siempre en el tema de la santificación de cada una de las hermanas Siervas de Jesús, invitándolas a ser cada día más fieles a Jesús. Recalcaba que una Sierva de Jesús que no se sacrificara, que no orara, estaba poniendo su corazón en lo material. En sus circulares también les decía que debían sostener a los sacerdotes en su vocación y en su vida de abnegación a través de la oración, el sacrificio y la union con Dios. Y agregaba “Mientras seamos humildes, mayores serán las gracias.”

Madre Carmen antes de confiar un cargo a una de las hermanas se iba a orar largamente frente al Santísimo. Por eso mostraba una clara prudencia en sus decisiones. Cuando nombraba superiora a una hermana depositaba en ella toda la confianza. No fue inquisidora, ni fiscalista, confiaba completamente en ella. Aunque todas amaban a Madre Carmen, también hubo algunas religiosas que, diciendo que iban de parte del señor Arzobispo, hicieron una serie de comentarios desagradables respecto a ella. Madre Carmen aceptó los comentarios con serenidad, silencio y buena cara. Nunca se le oyó hablar de personas que tenían algo en contra de ella. Madre Carmen corregía en particular

y no dejaba pasar las faltas, pero lo hacía con caridad y delicadeza. Con las que la hacían sufrir doblaba sus oraciones y trataba de ser deferente con ellas sin exagerar.

Madre Carmen vivía pendiente de su mamá y de sus familiares. Es interesante saber que a la congregación entró la séptima hermana de Madre Carmen, Luisa Antonia, nacida en Caracas el 1 de octubre de 1912. En el primer momento de su vida no sintió el llamado a la vida consagrada y contrajo matrimonio. Cuando enviudó, ingresó a la Congregación Siervas de Jesús. Como religiosa, Luisa tomó el nombre de Hermana San Luis. Siempre tuvo la delicadeza de socorrer a sacerdotes y seminaristas, sea de manera espiritual, sea material. Se destacó por su gran solidaridad y caridad en el trato con los sacerdotes y con los más pobres.

9. Madre Carmen y la Eucaristía

El lema de su vida y de su congregación fue y es: *Todo por Jesús Sacramentado*. La mayor parte del tiempo Madre Carmen estaba al pie del Sagrario orando a Jesús por la salvación de las almas y profesando su amor hacia los demás. Su vida estuvo marcada por un deseo constante de acompañar a Jesús Sacramentado en todo momento, encontrándolo en las circunstancias diarias, fuera la enfermedad, el desprecio, la indiferencia. Ese es un inmenso legado que ella ha dejado de su **ser eucarístico**. El saludo que estableció entre las hermanas era *Viva Jesús Hostia*.

La Eucaristía ocupó un lugar central en su vida espiritual. Era el culmen de su día, la fuente de su fuerza y el alimento de su alma. Su devoción al Sagrado Corazón de Jesús era profunda y personal, viéndolo como el centro de la misericordia divina y el modelo de amor incondicional. En este corazón traspasado, la Madre Carmen encontró consuelo en sus aflicciones, inspiración para su misión y la certeza de la presencia amorosa de Dios en medio de las pruebas. En sus ratos

de adoración decía: *Al corazón de Jesús hay debemos darle gracias por todos los beneficios concedidos a la humanidad*. Una muestra de su profunda devoción a Jesús.

Su gran devoción por Jesús sacramentado hacía que pasara horas ante el Santísimo y su rostro se transfiguraba como si lo viera personalmente. Pero, si la interrumpían por alguna necesidad, no mostraba el más mínimo disgusto. Sabía aconsejar y recomendaba muchísimo la oración. Decía *Felices las almas que siguen la voz de Dios*, enseñando que la auténtica felicidad está en obedecer la voluntad divina. Y que la felicidad no se debe poner en las cosas materiales. Buscaba consuelo en la Eucaristía ante cada dificultad. El amor eucarístico de la Madre Carmen no era estático; era dinámico y se desbordaba en el servicio. Ella veía en cada niño, especialmente en los más vulnerables y en los que tenían discapacidad, el rostro de Cristo. Por eso, el servicio que les brindaba era un acto de amor a Jesús Eucaristía encarnado en el prójimo.

Madre Carmen recordaba que Venezuela está consagrada al Santísimo Sacramento y ella dedicó su vida a amar, a adorar, a rendir culto a Jesús en su sacramento de amor que es la santa Eucaristía. Se mantenía en constante oración por la santificación de los sacerdotes. Para Madre Carmen el acompañamiento en oración era de suma importancia. Por eso oraba sistemáticamente por la Iglesia, y, sobre todo, por los sacerdotes, por su fidelidad y por el fortalecimiento de su labor pastoral.

En el empeño de la adoración a la Eucaristía, Madre Carmen elaboraba hostias para las parroquias y las comunidades de manera que los sacerdotes pudieran consagrarlas, así Jesús Hostia podía entrar en el alma de los fieles. Enseñó a las hermanas a preparar las hostias, mezclando harina de trigo con agua para crear una masa cocinada en planchas; una vez cortada y secada se obtenían hostias de diferentes tamaños, de manera que pudieran ser usadas tanto a diario como en eventos especiales. Estas hostias eran luego empaquetadas y regaladas a los sacerdotes, a las parroquias, a distintas Iglesias, permitiéndoles ser una presencia de esperanza y un servicio eclesial.

En su profunda devoción a la Eucaristía, Madre Carmen hablaba de que la Eucaristía es el camino hacia la vida espiritual y la santidad. *Jesús Hostia es la vía que lleva a la santidad, sigamos siempre esta vía.* Y agregaba: *La sagrada Eucaristía es la vida de nuestra alma.* Otra de sus frases preferidas decía con frecuencia: *Después de los pobres, los sacerdotes son mis preferidos porque son los representantes de Cristo.*

Su lema, *Todo por Jesús Sacramentado*, no era una frase vacía. Era la síntesis de su espiritualidad y el principio rector de su obra. Significaba que cada pensamiento, cada palabra, cada acción y cada sacrificio eran ofrecidos a Jesús presente en la Eucaristía. Todo lo que hacía, desde la gestión de la congregación hasta la atención de un niño, lo realizaba con la intención de agradecer a Jesús Eucaristía.

10. La teología de la Madre Carmen

Se puede decir que la teología de la Madre Carmen no era académica en el sentido formal, sino que su teología era vivida y encarnada, expresada en el servicio, en la entrega al prójimo, especialmente a los más necesitados y vulnerables. Además de la educación de los niños, ponía gran atención y dedicación a enfermos y ancianos. Enseñaba así que la caridad es una extensión del amor a Cristo en el mundo y no es un simple acto de beneficencia. Madre Carmen estaba convencida de que la santidad se encuentra en los actos diarios, como, por ejemplo, respetar el trabajo de otros, incluso cuando nadie más los ve. Por eso decía: *Hacer el bien a todos, donde quiera que haya una necesidad.* Esto sintetiza su visión de una fe activa y comprometida. Cuando conversaba con las jóvenes les decía: *Felices las almas que siguen la voz de Dios.*

Madre Carmen era profundamente mariana. La Virgen María fue para ella un modelo de fe, de humildad y de entrega total a la voluntad de Dios. Recurría a la intercesión de María en todas sus necesidades, y la veía como la perfecta discípula y la Madre de la Iglesia. Su vida entera fue un *fiat* continuo, siguiendo el ejemplo de la Inmaculada Concepción.

La Madre Carmen Rendiles poseía una teología de la esperanza, incluso en los momentos más oscuros y desafiantes. Enfrentó divisiones internas en la congregación, dificultades económicas y la oposición de algunos sectores, pero nunca perdió la confianza en la providencia divina. Su fe inquebrantable le permitía ver la mano de Dios en todas las circunstancias, incluso en aquellas que parecían adversas. Esta esperanza se manifestaba en su capacidad de iniciar proyectos ambiciosos, de construir, de expandir la misión, siempre con la certeza de que Dios proveería. Cuando las situaciones se convertían en muy difíciles solía decir: *Más que cantar a la cruz, quiero llevarla cantando*. Esta frase resume su actitud de afrontar las dificultades de la vida con alegría y fe, en lugar de lamentarse.

A diario Madre Carmen pedía a las hermanas que oraran por la beatificación del Dr. José Gregorio Hernández, fallecido en 1919, cuando ella era aun muy pequeña, pero de quien todos hablaban y comentaban que había sido un hombre tan dedicado a Dios, entregado a sus pacientes y a sus alumnos que todos los consideraban santo.

Quienes la conocieron recuerdan que Madre Carmen era una persona sumamente piadosa, alegre, humilde, que se mantenía cerca de cada una de las hermanas, como una hermana más, y que no dejaba de pasar un momento sin enseñarles a amar a Jesús en la Eucaristía y a permanecer siempre en oración. Decía con mucha frecuencia: *Perseverancia hasta el final*, lo que significa no abandonar el camino cuando llega el cansancio, sino seguir amando, sirviendo y obedeciendo hasta completar la tarea.

Otro de los aspectos claves de Madre Carmen, es la confianza en Dios, porque incluso para realizar milagros necesitamos fe, porque el milagro lo hace Dios, ni siquiera lo hace el santo. Él intercede, sí, pero la confianza que ella tuvo en Dios fue crucial, que es lo mismo que hace que aquellos que acuden a ella alcancen el milagro divino.

11. Virtudes de Madre Carmen

La búsqueda de la gloria de Dios y el amor a Cristo eran los únicos impulsos detrás de sus esfuerzos, despojándola de vanidades o búsquedas de reconocimiento personal. Aprender de la caridad de la Madre Carmen se convierte en un antídoto contra el individualismo y la indiferencia que existe en nuestras sociedades. Ella no solo sentía compasión, sino que actuaba. Su vida fue un testimonio de que el amor verdadero se traduce en servicio, en donación de sí mismo. Resaltar su caridad es recordar que la verdadera grandeza radica en la capacidad de extender una mano a quienes más lo necesitan, sin distinción de raza, credo o condición social. Es una invitación a la acción, a la transformación de la empatía en gestos concretos de bondad, llenos de amor.

La humildad de Madre Carmen contrasta con un mundo obsesionado con la fama, el reconocimiento y el éxito personal. Por eso, ella es un faro de contracultura al enseñar que la verdadera grandeza no reside en el aplauso de las multitudes, sino en la autenticidad de ser, en la capacidad de reconocer nuestras limitaciones y de poner nuestros talentos al servicio de los demás sin buscar recompensa. Resaltar su humildad es promover la modestia, la sencillez de corazón y la capacidad de servir sin esperar nada a cambio, cualidades esenciales para construir relaciones sanas y una sociedad más equitativa.

Todos enfrentamos dificultades y obstáculos en la vida. Frente a esto, Madre Carmen enseña las virtudes de la fortaleza y la perseverancia. En nuestras sociedades, que con frecuencia valoran la perfección física y la capacidad ilimitada, la vida de Madre Carmen demuestra que las limitaciones físicas o las dificultades externas no son impedimentos insuperables para alcanzar grandes cosas, pues no definen el potencial de una persona. Su perseverancia recuerda la importancia de no desanimarse ante el fracaso, de seguir adelante con fe y esperanza, incluso cuando el camino se vuelve oscuro. Resaltar su fortaleza es inculcar el valor de la superación personal, de la disciplina y de la tenacidad para perseguir nuestros sueños y cumplir nuestra misión. Y

al mismo tiempo, invita a mirar más allá de las dificultades presentes y a creer en la posibilidad de un futuro mejor. Resaltar la virtud de la esperanza en Madre Carmen es fomentar la visión positiva, la capacidad de soñar y de trabajar por un mundo más justo y humano, a pesar de los desafíos que se presenten. En tiempos de incertidumbre y pesimismo, la esperanza de la Madre Carmen es un bálsamo.

Su capacidad de trabajo era reconocida por quienes la conocieron. No se excusaba tras su discapacidad para evitar responsabilidades; al contrario, asumía sus deberes con diligencia y compromiso, demostrando que las limitaciones físicas no eran barreras para la dedicación. Enseñó que el liderazgo no se basa en la fuerza física, sino en el carácter, en la capacidad para inspirar confianza, en actuar con autenticidad y empatía. Es decir, su liderazgo no era autoritario, sino que emanaba del servicio y la humildad.

Su vida es un recordatorio de que somos agentes de cambio y de que nuestra fe y nuestro amor pueden sembrar semillas de esperanza que florecerán en el tiempo. Considerar su discapacidad en el contexto de principios y mediados del siglo XX en Venezuela, donde el acceso a la educación y el apoyo para personas con discapacidades era mucho más limitado que hoy, realza aún más sus logros y la audacia de su visión. Su existencia enseña que la dignidad, el potencial y la capacidad de amar y servir no dependen de la integridad física o de la ausencia de limitaciones. Una persona puede ser completa, valiosa y trascendente independientemente de su condición física. Esto es un mensaje vital para una sociedad que a menudo idealiza la *normalidad* y la *perfección*.

Madre Carmen desarrolló la virtud de la empatía, esa capacidad de comprender el sufrimiento o las limitaciones de los otros, esta comprensión puede ser el motor más potente para el servicio y la transformación social. Todas estas virtudes hacen resaltar que sus experiencias personales, incluso las desafiantes, fueron integrales para formar su personalidad y para el desarrollo de su misión al servicio de los demás. Humanidad que la llevó a la santidad.

12. El accidente

En 1971, viajando en carro con otras tres religiosas hacia Barquisimeto, a visitar una de sus casas cerca de Carora, un carro las embistió de frente. A Madre Carmen se le fracturó el fémur y otras dos religiosas perdieron el conocimiento momentáneamente. La carretera por donde transitaban era bastante solitaria. Por los alrededores no había ni siquiera un caserío. Las hermanas comenzaron a rezar pidiendo a Dios que pasara alguien que pudiera auxiliarlas. Inexplicablemente, cinco minutos después llegó una ambulancia. El conductor de la ambulancia les dijo que ahí se había producido un milagro, porque de repente él había sentido un impulso que le dijo que se desviara del camino hacia su casa y se dirigiera hacia allá. Montaron a la Madre Carmen en la ambulancia y, mientras la llevaban, Madre Carmen dijo: *No me lleven a ninguna clínica particular. Los pobres van al hospital.* La llevaron al hospital de las Hermanitas de los Pobres en Barquisimeto, donde llegaron en medio de un gran aguacero. Muchas personas comenzaron a decir que había un olor a rosas desde que las hermanas llegaron.

Los médicos examinaron a Madre Carmen y dijeron que había que operar con urgencia. El problema era que no había anestesia. Con todo, ella aceptó que la operaran para colocarle una prótesis metálica que uniera el fémur polifracturado. Estuvo 25 días hospitalizada recibiendo terapias, siempre con su rosario en la mano. Los médicos que le operaron estaban asombrados de su capacidad para sufrir sin quejarse, pues ella quería acompañar el sufrimiento de Jesucristo en su Pasión y Muerte.

A partir de ese accidente más nunca pudo caminar. Andaba en silla de ruedas y sufrió una artrosis que le contrajo los dedos de la mano derecha, excepto dos: el índice, que usaba para escribir a máquina, y el pulgar, con el que hacía la cruz. En sus últimos días de vida decía: *Perseverancia hasta el final.* Al salir del hospital la llevaron en ambulancia hasta Caracas, al Colegio Belén, pues era el lugar que menos tenía escalones. Allí inició otro período de rehabilitación, pero los médicos insistieron en que había que operarla de nuevo. Esta nueva operación

sí resultó efectiva, aunque muy dolorosa y ella, de nuevo, soportó los dolores con la misma serenidad y aceptación como víctima de *Jesús Hostia*.

Al año de la operación empezó a caminar con muchas limitaciones. En ocasiones necesitaba usar la silla de ruedas o las muletas. A pesar de eso, escribía enseñanzas sencillas a las hermanas, sobre todo, en las fiestas litúrgicas: Adviento, Navidad, Semana Santa, Cuaresma, Resurrección, fiestas de la Virgen, de san José, temas acerca de la necesidad de la santidad. Otras veces, como en el fallecimiento de alguna hermana, les escribió que meditaran acerca de la experiencia final de la vida y el encuentro con Dios. Por ejemplo, cuando falleció la Madre Ángela Mendoza en 1971, tanto ella, como la congregación, se sintieron muy afectadas, pues Madre Carmen la consideraba su segunda madre y, en efecto, lo era espiritualmente. En la circular que escribió a las hermanas en julio de 1971 dice:

Queridas hijas, El árbol verde cayó por el peso de sus frutos los cuales se esparcieron sobre la tierra después de haber agotado su savia hasta la última gota. Juntó sus brazos sobre el pecho queriendo con esto abrazar a todas sus hijas junto al Crucifijo que agarró con todas sus fuerzas para que no se le escapara ninguna, a su Jesús, a quien amó sobre la tierra y por quien se inmoló.

Y así continúa la larga circular de ese mes, siempre en referencia a Madre Ángela Mendoza, describiendo el entierro y dando recomendaciones de cómo continuar la vida y seguir adelante recogiendo y alimentándose de esos frutos.

13. Fallece Madre Carmen

Los problemas pulmonares nunca desaparecieron de la vida de Madre Carmen, a eso se sumaba el fémur polifracturado por el accidente. Luego padeció de artritis que, por momentos, era tan fuerte que no le permitía moverse, sino arrastrarse. Esto, unido a la falta de su brazo izquierdo, hacía de Madre Carmen una persona con una salud

muy precaria. Le celebraron sus bodas de oro como religiosa y estaba muy feliz, pero agotada físicamente del enorme trabajo y los problemas físicos que padeció durante toda su vida. Falleció a la edad de 74 años, el día 9 de mayo de 1977.

Conclusión

La vida de Madre Carmen es un testimonio de que la santidad se puede alcanzar a través de la fidelidad silenciosa, probando, en su vocación de 50 años como religiosa, su capacidad de honrar sus compromisos, el servicio humilde y el amor sin reservas, inspirando a nuevas generaciones a perseverar hasta el final en sus propios caminos con dedicación y constancia.

Madre Carmen se aceptó a sí misma tal como era, y a pesar de la falta de un brazo desde su nacimiento, de sus problemas pulmonares y de la artritis que sufrió en la edad madura se entregó completamente a Dios, demostrando que la aceptación personal es un paso clave hacia la santidad y que su limitación física no era limitación espiritual ni de servicio. Aseguró que el amor, la amabilidad y la educación que la caracterizaban fueron clave a lo largo de su vida ejemplar. Con gran sutileza trataba a las otras personas, con eso ganaba almas para Dios. Aprendió a sufrir las humillaciones con paciencia, ofreciéndoselas a Dios y a superar las limitaciones con voluntad.

En un mundo que lucha por la plena inclusión y el reconocimiento de la dignidad de todas las personas, la historia de la Madre Carmen Rendiles es una luz brillante en el camino. Muestra que los obstáculos, incluidas las discapacidades, pueden ser trampolines para el crecimiento personal y la manifestación de una fortaleza insospechada. Su vida es un llamado a no rendirse ante las adversidades, sino a encontrar caminos creativos y a cultivar una actitud de que querer es poder.

En la actualidad las hermanas continúan dedicándose a la educación, difunden el culto al Santísimo Sacramento, ayudan a los sacerdotes diocesanos y a los seminarios, y elaboran hostias para que sean consagradas. La congregación se encuentra en Ecuador, Colombia y Venezuela, son 19 comunidades.

La vida de Madre Carmen de entrega total a los más necesitados y su vocación de servicio son un contrapunto poderoso al individualismo y al egoísmo que a veces se promueven. Muestra que la verdadera felicidad y realización se encuentran en el dar, en construir una comunidad y en mejorar la vida de los demás, es un mensaje profundamente relevante para una generación consciente de los problemas sociales y ambientales.

El ejemplo a seguir de la vida y obra de la madre Carmen Rendiles ha sido tan fecundo que distintas instituciones han tomado su nombre como epónimo, entre ellas, Colegio Madre Carmen Rendiles, Cabudare, estado Lara, Venezuela; Ambulatorio Beata Carmen Rendiles, en Carrizal, estado Miranda, Venezuela; Centro Clínico Carmen Rendiles, Valencia, estado Carabobo, Venezuela; Laboratorio Clínico Carmen Rendiles, Valencia, estado Carabobo, Venezuela, Laboratorio Carmen Rendiles, Carrizal, Venezuela; Farmacia Carmen Rendiles, estado Miranda, Venezuela; Capilla Beata Carmen Rendiles, Barinas, estado Barinas, Venezuela; Parroquia Santa Carmen Rendiles, población de Pavia, perteneciente a la Arquidiócesis de Barquisimeto, Venezuela.

Sabiendo que la vida religiosa es una opción específica, es interesante resaltar que el ejemplo de la Madre Carmen subraya la importancia de una dimensión espiritual fuerte. En un mundo sobrecargado de información y estímulos externos, ella recuerda la necesidad de momentos de reflexión, silencio y conexión con lo trascendente. Madre Carmen Rendiles Martínez es un faro de luz que invita a integrar la riqueza de nuestra humanidad con la profundidad de nuestra fe. Su perfil humano estuvo marcado por la sensibilidad, la determinación y la capacidad de amar. Espiritualmente, estaba arraigada en una fe viva, una caridad desbordante y una esperanza inquebrantable. Su legado no solo reside en la Congregación que fundó y en las obras que realizó,

sino en el testimonio de una vida que, a pesar de las limitaciones y los desafíos, supo responder con generosidad y fidelidad al llamado de Dios, convirtiéndose en un puente entre lo humano y lo divino para el bien de la Iglesia y del mundo. Su célebre expresión *Perseverancia hasta el final* enseña a no rendirse en el amor, el servicio y la obediencia.

En síntesis, la vida religiosa de la Madre Carmen Rendiles, con su profundo arraigo en la fe, el servicio y la perseverancia, ofrece hoy un modelo de vida plena y con sentido, que va más allá de las tendencias pasajeras y se ancla en valores universales de amor, dedicación y superación. Su canonización, que la eleva hasta un reconocimiento universal, no solo celebra su santidad, sino que también pone de manifiesto la eterna relevancia de su mensaje y su ejemplo. Madre Carmen Rendiles invita a mirar más allá de las apariencias, a celebrar la diversidad de la condición humana y a reconocer que la verdadera grandeza se encuentra en el espíritu inquebrantable, la capacidad de amar y el compromiso de servir a los demás, sin importar las limitaciones físicas que podamos enfrentar, pues mientras estemos de la mano de Dios vamos a comprobar que con Dios siempre ganamos.

Referencias

Arquidiócesis de Caracas. *Madre Carmen Rendiles, primera santa venezolana*. <https://arquidiocesiscaracas.com/madre-carmen-rendiles-primera-santa-venezolana-papa-francisco-aprueba-milagro-para-su-canonizacion/>

Barracchini, G. *Hermana San Luis: la plenitud de la maternidad espiritual*. <https://radiomaria.org.ar/programacion/hermana-maria-san-luis-la-plenitud-de-la-maternidad-espiritual/>

Febres Cordero, María Elena. *La Beata Madre Carmen Rendiles: Santidad Itinerante*. Caracas: Academia Internacional de Hagiografía, 2018.

Iriarte, M. *Carmen Rendiles: la santa que venció estigmas e hizo de su fe un legado educativo*. <https://www.radiofeyalegrianoticias.com/carmen-rendiles-la-santa-que-vencio-estigmas-e-hizo-de-su-fe-un-legado-educativo/>

Madre Concepción. *El accidente de la madre Carmen Rendiles*. <https://www.instagram.com/reel/DL1E8pFIvQP/>

Pacheco, J. *Madre Carmen Rendiles, la santa “valiente” de Venezuela*. <https://www.vaticannews.va/es/iglesia/news/2025-04/madre-carmen-rendirles-la-santa-valiente-de-venezuela.html>

Prieto, B. *Memorias biográficas de la madre Carmen Rendiles Martínez*. Caracas: Editorial La Verdadera Vida, 2000.

Madre Carmen de Venezuela. <https://madrecarmendevenezuela.com/biografia>

Siervas de Jesús. “Causa de la Venerable Madre Carmen Rendiles Martínez: Fundadora de la Congregación Siervas de Jesús”. Boletín Informativo 1. No. 23 (2018): 1-8. file:///C:/Users/Publicaciones%20ITER/OneDrive/Escritorio/boletin_pdf_28032018_140930.pdf